



Oreste Plath

Baraja de Chile

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Oreste Plath

Baraja de Chile

Visión humana de Chile

En un intento de caracterología nacional, hay que abarcar las comidas, las bebidas, los entretenimientos, el hablar y varios otros aspectos del pueblo. Pero, contentémonos con tratar de hacer una búsqueda del roto1, del trabajador que ha luchado contra el viento y el frío, hasta poner luces de esperanza sobre la nieve y hacer una realidad el territorio de Magallanes; del obrero marítimo, que ha desafiado las tormentas de los canales fueguinos; del campesino, que ha abierto surcos para los trigales; del minero, que ha desentrañado de la tierra los minerales, y del que ha convertido desolados páramos en fructíferas poblaciones.

Y este trabajador que ha labrado la prosperidad de los pueblos es generoso sin medida, como el vino del país, y sabe exprimir las uvas de la alegría en sus cantares, que son como el fruto ácido del maqui, como el esplendor rojo de los copihues.

El roto bravo, vivo y despreocupado, es acaparador de múltiples raíces de la tierra natal y está, con su gracia y valentía, más allá de la frontera. Los hubo en la Guerra Boer, en las legiones extranjeras del África, en la Guerra Europea, en la del Chaco, y los hubo en la segunda conflagración mundial.

Si se abre la perspectiva de un trabajo grande, allá se engancha sin importarle la lucha en el extranjero ni la diversidad del paisaje ni el idioma. Aventuró en California cuando la fiebre del oro, dejó sus huesos en la apertura del Canal de Panamá y con tenacidad venció el granito y la puna en las sierras peruanas, en la construcción del ferrocarril a la Oroya.

Audaz y desdenoso, es lobero y cazador en Magallanes; en Chiloé es aventurero del mar, con todo el paisaje de su zona en los ojos; sin brújula y sin conocimientos náuticos se lanza a viajar en sus lanchones de pellín, sólo guiado por el rumbo de las estrellas.

Amigo del mar, se le encuentra en los muelles de Shanghai, Marsella, Nueva York y del Támesis, igual que en los malecones de Valparaíso o Antofagasta.

El rulo y la montaña los vuelve agricultura. Y hace una tonada su vida en la región de las viñas y legumbres; en la región de los cereales y las papas, en los extensos bosques en los que los rotos se convierten en santos vegetales aserrando el raulí, el lingue, el laurel, el pellín y la legendaria araucaria.

En los centros carboníferos del Sur trabaja en los mantos que se extienden debajo del océano, a profundidades que varían entre doscientos y quinientos cincuenta metros.

Hijo de la mina, forma el pueblo negro. Por lo tanto, desde niño sabe de las tragedias de los hombres de subterra. Crece junto al dolor que producen las terribles catástrofes de las minas; accidentes en que equipos de trabajadores muertos son velados en inmensos galpones.

El roto cargador de los puertos de Chile, el que ayer se ensangrentaba las espaldas con el transporte de la carga y que tenía un hombro mas levantado que otro, de tanto hombrear, de ponerle el hombro, se hermana con los forzudos balseros y los pescadores, finos tanteadores de las aguas; con los pescadores de Juan Fernández, guardianes de instinto maravilloso que cumplen jornadas de tres días con sus noches, y duermen en el fondo de las chalupas, doblados, encogidos, sin hacer más bulto que una langosta. Si el frío los entume, no tienen más recursos que calentarse con el propio trabajo hasta romperse las manos. Y si las olas gruesas y brutales, excitación del Pacífico, dismantelan sus embarcaciones y vuelve al hogar con un compañero menos, se le verá transformado por la lucha, los ojos hundidos, la cabeza cubierta de canas, pero nunca vencido. Dentro de dos días estará nuevamente mar adentro. ¡Estos son los pescadores de Juan Fernández, de la isla de Más a Tierra!

En los islotes, a lo largo de la costa del Norte, trabaja el guano rojo y blanco. Y tierra adentro, el sol hace salobre las capas geológicas, más él las trabaja con alegría. En esa zona se enfrenta con el salitre, el cobre, el azufre, el oro, la plata, el bórax, la sal; y es cateador; vale decir, hombre de horizontes, pujante barretero, incansable apir y cangallero en las minas.

Si el trabajo es duro, también lo son el dolor y la tragedia. Nada le arredra en su obstinación; si la vida lo cansa, se pone un cartucho de dinamita entre los dientes y no le importa volar fragmentado.

Y si se fuga de sí mismo, se hace bandolero, esencia antigua del montonero de nuestra libertad, del que defendió las ataduras de la patria a corvo limpio y que después en otras luchas, siempre por su instinto de libertad, bebió chicha con pólvora para atacar enceguecido, y, presa de una excitación incontenible, romper todas las vallas.

Junto al bandolero de armas cortas están el arriero, que es, a la vez, correo y ferrocarril; el baquiano diccionario de caminos, y el contrabandista, pirata que navega por el desierto y la montaña.

El baquiano y el contrabandista son espíritus vagabundos. El destino del baquiano es ir a horcajadas sobre los Andes, y el del contrabandista, inventar los caminos para que pasen el alcohol, la partida de animales a espaldas de las carabinas de la ley.

Los dos tienen caminos de heroicidades y entre la montaña y el precipicio está su tumba, que es la de los perseguidos o la de los desesperados.

Ansía el dinero, pero no tiene el hábito del ahorro: es mano abierta; es platicador, conversa en grupo, en filas; come siempre rodeado, en círculo; bebe dándose. Lleva dentro de él el clima de Chile, el variado paisaje: las nieves de la cordillera, los valles, los lagos, el océano

inmenso, los bosques del Sur, la luz, los vinos, las frutas, las cazuelas, las empanadas y el ají.

El roto es así, de aliento cordial; gana el corazón y es bullicioso y retozón como la cueca. La imagen de la montaña, las pasiones del mar, forman su virtud telúrica.

Es excesivamente inclinado a los celos, pero despreocupado de la mujer. Es amigo del juego de cartas y no le importa perder su dinero, despellejarse.

Cuando se le llama a enrolarse para hacer el servicio militar o naval, ama la conscripción, viene feliz. En las primeras disciplinas saca pecho, se empeña por destacar su marcialidad, su aguante, y pone toda su viveza en el manejo de las armas y su atrevimiento en los ejercicios de a caballo. Ya hecho soldado, milico, sólo desea que lleguen las Fiestas Patrias con su 19 de septiembre, en las que parece culminara su vida con la Parada Militar.

Cuando lo centra la ciudad, lo margina la ley, le cambia la ojota, la chala por el zapato y tiene libreta de Seguro Social; se multiplica, se hace chapucero, trabaja en todos los oficios, es el que le pega a todo; y luego aparece dominador, concededor del oficio y sé autodenomina maestro.

Si quiere ser dueño de la ciudadanía, saber de la importancia de la agrupación y conocer las luchas sociales, toma parte en las manifestaciones reivindicativas y no le importan las galopadas de los gendarmes sobre su carne, sobre la de sus mujeres y la de sus hijos².

El roto está orgulloso de su condición de hombre y de chileno; vive como en guardia, defendiéndose, cuidándose, cubriéndose, ya que sólo puede fiar su salvación a la astucia propia y no a la ajena.

También encuentra y sabe respetar la varonilidad; tiene un guía libertario que le señala sus banderas, y dentro de él crece Caupolicán, símbolo de fuerza viril, con su historia del leño tatuada en su mente; crecen O'Higgins, el huachito, soldado heroico que emancipó a la patria; Manuel Rodríguez, astuto, burlador, roto ladino bajo el poncho y caballero peligroso cuando blande su espada; Camilo Henríquez, el fraile de la Buena Muerte, por ser el primer chileno que se declara independiente, el organizador de las milicias populares para combatir la revuelta monárquica; Francisco Bilbao, fundador de la Sociedad de la Igualdad, por haber cortado las cadenas que ataban el libre pensamiento; José Manuel Balmaceda, el mártir, por el grandioso estoicismo de su vida y porque defendió algo que consideró justo, rubricándolo con un pistoletazo; Recabarren, don Reca, el que le enseña a combatir honradamente y a sufrir sin quebrantos por su clase que es la suya; y Aguirre Cerda, el agricultor y el maestro, el don Pedrito que los representó por su chilenidad y los unió en un abrazo social, el Presidente que entró muy hondo en la ruralidad, en la gañanía, y al cual el pueblo llamó, sabrosamente, por los caldos de sus viñas, por el buen vino que él cosechaba, Don Tinto, estrechándolo confianzudamente junto a su corazón, a su gozar y a su sentir.

Artífices y artesanías

Si de este deseo de encontrar al roto se pasa a las artesanías, se gustará la sustancia humana y nacional de este pueblo, que es doméstico y épico.

En sus expresiones está su espíritu. En el mito y en la leyenda hay una idea o una imagen de contenido religioso, social o supersticioso, con carnadura formal, conclusa y precisa; en lo literario, en sus consejas, sus leyendas, sus cuentos, hay particularidades alentadas y alimentadas con lo dramático, la tristeza, el amor, la desventura, el destino, el desquite, la pobreza, lo sarcástico. En sus versos para cantar, canta clarito. La tonada es aroma de flor silvestre, fruto jugoso.

El sentido musical le es innato y está unido a él sutilmente con un lazo tradicional, aunque lo separen las variantes zonales. La danza corre por sus venas. En la cueca es donairoso, se luce, se agranda, y con ella termina la mitad de sus desgracias; en el tejido, sus manos son artesanas hábiles y sus ojos son los de un pintor; en la cestería trenza la paja y construye; en la alfarería amasa la arcilla, la vuelve, la estira, le da formas finísimas, la pinta y la graba.

Se puede decir que no hay localidad chilena que no exhiba una artesanía, que es algo así como una flor de expresión zonal³.

Entre las zonas de contenido expresivo están las Termas de Panimávida, con su cestería fina de raíces y crines pintadas; las Termas de Catillo, con sus trabajos realizados en auque; Quinchamalí, Pomaire, Talagante, Melipilla, con su alfarería en miniatura, roja y negra con adornos policromos o fitográficos; General Cruz, con la cestería de paja teatina; Chiloé, con los tejidos de quilineja; Llay-Llay, con los vasos de asta; Talca, con las riendas y arrees para caballos; Curicó, con los frenos y las espuelas de rodajas grandes; Malloco, donde se repiten las espuelas y los frenos plateados. En Renca, los mates pirograbados; en Colina, los peines de madera de naranjo; en Rancagua, los cestos de mimbre; en Coquimbo, los anillos de corazón de durazno y las figuras hechas con pastas de frutas; en Maule, los sombreros; en Chillán, la loza, las chupallas, los zuecos, los estribos; en Doñihue, los chamantos; en la isla de Juan Fernández, los bastones de chonta; en Valparaíso, las figuras de conchas marina; en las salitreras de Antofagasta, las botellas pisqueras con caliche de diversos colores; en los minerales de cobre del país, los ceniceros en forma de estrella o de corazón los puñales y los cuchillos curvos.

Algunas constituyen una industria, pero no pierden el sello, el hálito que las distingue de las de otras localidades.

Artífices y artesanos determinan zonas, regiones, y son representantes espontáneos del pueblo, en este caso del esforzado pueblo chileno.

El Lenguaje de los cuchillos

El corvo

El corvo chileno es un cuchillo con la lámina de acero arqueada hacia adentro (introrso), que difiere notablemente de los cuchillos combados de Oceanía y otras partes, donde se

usan con láminas en forma análoga; pero en estas últimas regiones la punta está dirigida hacia arriba (estrorso).

El corvo es de un solo filo, y su hoja, encorvada, formando una media luna.

En Chile se han clasificado casi diez tipos característicos de corvos, entre los cuales se destacan los corvos de lujo, los corvos populares y los corvos historiados.

Un corvo de lujo bien rematado, bien hecho, puede ser uno cuya hoja curva mida treinta centímetros de longitud en total; de esto corresponden doce centímetros al mango y el resto a la lámina, la que termina en punta. Los corvos populares son los corrientes, los más democráticos; y siguen los corvos historiados, que son los que tienen en la lámina unas pequeñas incrustaciones en forma cilíndrica, de cobre, bronce y metal blanco. Dícese que estas taraceas son la contabilización de las muertes que se han perpetrado con dicha arma. Existen corvos que ostentan hasta veinte incrustaciones. Seguramente, con los años, se ha convertido la aplicación en un estilo: ya no testimonian, no dan fe de asesinatos. Hay otros cuyas láminas están marcadas con alguna letra, como con una cruz, contra la cual no hay quite ni baraja que valgan.

La empuñadura, el mango, o cache, es de contornos poligonales y está formado por una serie de piezas de cobre, plomo, bronce, asta de buey, madera y plata, colocadas como anillos en el cabo. Todas estas piezas están sostenidas por un eje de acero, continuación de la lámina hacia el mango, la que termina remachada en la parte final.

Por el empleo del material de las empuñaduras se puede identificar el lugar de procedencia del corvo; así, en los mangos de los corvos del Sur se encontrará la rodaja de suela, madera, asta, y no de metal.

El roto usa el corvo entre la faja y el cuerpo, en la cintura. La faja es una banda tejida, cuyo ancho puede ser de veinte centímetros, y se distingue por sus colores abigarrados y por su longitud, que alcanza hasta seis metros, sumándoles los amplios flecos de los extremos. Con ella, el roto trabajador, el roto carretero, el roto de aguante, se comprime el abdomen para desarrollar un mayor esfuerzo. Rotos hay que cargan el corvo entre cuero y carne, es decir, junto a la piel, o simplemente enfundado en una pata de cabra, pata que ha sido despojada del hueso y que conserva pelaje; en el centro tiene un corte obturado con ligaduras de cuero o tripa, y este corte sirve para conferirle la curvación necesaria.

Para manejar el corvo hay que estar familiarizado con él. Es común oír decir que el roto es cuchillero. Sí, pero cuchillero fino, como ajustado a un código de honor. Entre peleadores y en plena lucha, aunque tengan blanco no pegan, hasta no fijar la puñalada certera, la que parta el alma y haga irse al contendor en un solo y largo quejido.

Los espectadores en raras ocasiones tratan de apartar a los adversarios, a no ser cuando estiman que ya han perdido el dominio de sí mismos y el cuchillo es blandido a tontas y a locas.

Hay que destacar que cuando la pelea es seria, el desafío se ejecuta atándose los pies, y entonces la lucha es formidable. Por lo general, buscan un solitario y apartado paraje, animándose u ofendiéndose cuando empiezan a cruzarse los filos. En esta ocasión se sirven de la faja, muchas veces de seda, con la que ambos se amarran el pie izquierdo. La mano derecha está como enguantada ya sea con una manta partida en dos, con una chalina o simplemente envuelta en un saco, a fin de que la muñeca no afloje el corvo; el brazo izquierdo siempre en alto, también está envuelto y sirve de escudo para barajar, parar los golpes, los cortes.

Pactado de este modo, el combate es a muerte: uno quedará panza al sol, guata arriba, con las tripas afuera, enredado en un corvo.

El vencedor, terminada la contienda, corta de un tajo la amarra, la faja.

El roto es decidido y valiente con su corvo. El roto ama su corvo y recuerda que ganó batallas a puro corvo (durante la campaña de 1879, el soldado lució en su uniforme el corvo, el que llevaba al lado izquierdo, en una elegante vaina).

Estos embelecos los empuñan los rotos pampinos para ventilar asuntos de ellos: defender una hembra, aclarar sus enredos, sobre todo cuando los dos sienten afecto por una misma mujer; a veces, una botella de pisco o una cuestión de minas suelen originar los encuentros. Hay puntas de corvos que han realizado proezas frente al abdomen descubierto de un contendor. Filigranas y arabescos se han escrito con sangre sobre la tostada y dura piel de los rotos, cuando estos son sufridos y no saben de dolores ni fatigas y caen sin pedir auxilio: el que es minero no chilla, aunque esté bandeado.

El corvo es un instrumento de defensa: por algo tiene una conformación arqueada como una garra; de ahí que cuando agarra desgarrar.

En las manos de un malhechor se mancha, porque lo vuelve arma contundente. La parte terminal del mango la utiliza para dar golpes llamados cachazos. Por esta razón, la autoridad policial ha realizado campañas en todo Chile para suprimir el uso del corvo; pero su control es sumamente difícil, ya que éstos se pueden hacer de una lima, de un trozo de sierra, con las puntas de las hoces, en la casa, o al escape en las fundiciones.

El puñal

El roto emplea, además, el puñal. Hay puñales gigantescos, fabricados de yataganes. El puñal es de lámina recta, lanceolada, con un solo filo, cuya longitud total puede ser de treinta y cinco centímetros, de los cuales diez centímetros corresponden a la empuñadura.

Su empuñadura es similar a la del corvo: guarniciones de cobre, hierro y asta de buey. Hay algunas hojas que tienen inscripciones grabadas en una de las caras, como ésta:

Dios y pueblo
Chile 1865
Chañaral

Algunos puñales de hacendados suelen tener en la hoja, como decoración, una culebra que zigzaguea o algún animalejo raro.

Al puñal, grande y puntiagudo, le llaman belduque; palde, que es un instrumento de madera en forma de puñal que usan en las playas del sur de Chile para extraer mariscos.

Puñalear dice el pueblo por apuñalar, y puñalero es el que hace puñales, el que los vende y el que hiere o mata.

Ha habido peleadores a puñal que lo han enterrado hasta la cacha, hasta el mango o empuñadura, y otros que al detener un golpe con la mano, han resultado con ella partida en dos.

La daga

El origen de la daga fue probablemente el cuchillo, y su llegada y convivencia entre nosotros se debe a los conquistadores.

La daga es casi de un palmo de longitud, con una empuñadura de ocho centímetros. De ella se puede decir que es corta, recta y de dos filos a los menos hacia la punta.

Hay dagas chilenas cuyas láminas tienen, generalmente, cinco centímetros de ancho en la base y cuatro en el centro; terminan en punta, con un filo muy cortante por ambos lados.

Por esta conformación, el pueblo le llama lengua de vaca o lengua de buey; seguramente, asemejándola a la lengua de estos animales, a causa del ancho de la hoja, que va en disminución desde la empuñadura hasta la punta.

Entre otras de las denominaciones que le dan, está la de pluma, por la forma de las plumas que cubren el cuerpo de las aves. También le dicen Filomena y Margarita.

Algunas dagas se elaboran de limas usadas.

La daga se lleva pendiente del cinturón, al lado derecho o en medio del cuerpo, algunas veces sobre los riñones.

Su uso está prohibido, como el de todas las armas blancas.

Cuchillos

El roto lleva siempre consigo el cuchillo cachiblanco, llamado así por su larga cacha de rodajas de hueso blanco; este cuchillo le sirve para todos los menesteres domésticos y para el ataque y la defensa.

La variedad de cuchillos es infinita, como sus tamaños, y entre sus tipos se encuentran desde el cuchillo mesa Solingen arreglado, transformado, hasta el cuchillo pequeño de hoja

fina; con todos ellos el roto sabe operar muy bien. Algunas veces las hojas de estos cuchillos son de cuerda de reloj, como igualmente pueden ser de muelles de carreta.

Para probar el acero de las cuchillas, se las acercan a la boca y lanzan en la hoja su hálito caliente. La rápida evaporación sobre el acero les dice que es recontra fina, recontra buena. Si su filo es bueno, cortará un pelo en el aire, y si es malo, no cortará ni la mantequilla caliente.

El aguardiente, el vino o la chicha originan riñas en las que sale a relucir el cuchillo. En estas reyertas hay heridas mortales. Otros al atacarse se hieren la cara, más bien con el objeto de dejar desfigurado al adversario y no de herirlo de gravedad. Entre este tipo de cuchillero se han propinado hasta cincuenta tajos, corte u ojales. Y vienen los que se desafían haciendo su trabajo agitando la cuchilla en su mano derecha, rápidamente, con un movimiento de muñeca, y recubriéndose la mano izquierda con su chaqueta para defenderse la cara.

En los agravios nocturnos aparecen los maleros, los que proceden malamente, y las cuchillas y las cuchilladas son denominadas maleras.

Los nocherniegos bebidos e insolentes llegan provocando a los vendedores nocturnos, especialmente a los tortilleros o sangucheros, vendedores de emparedados, y aquí aparecen las cuchillas sangucheras o pernileras, porque con ellas cortan lonjas de pernil para los sandwiches; cuchillas pequeñas, delgadas y afiladas, que causan graves efectos.

Si el cuchillero cae a la capacha, si es encarcelado para cumplir alguna condena por haber actuado en las sombras hundiendo su cuchillo en el cuerpo del pacífico transeúnte, sufre la ausencia de su inseparable compañero por lo que lo construye en miniatura. Es así cómo de un trozo de acero cualquiera hace una pequeña hoja, la que encaja en el plomo de una bala. Esta pieza es colocada dentro de una vainilla desocupada como si fuera una bala de carabina o fusil Máuser. Hay cuchillos de exclusiva fabricación carcelaria: de arcos de baldes; algunos penados han hecho delgados, pero macizos estiletos. Los reos, en las faenas del riego de los patios, han sacado las asas de los baldes, y de ellas se han servido para liquidar, en esos mismos patios, sus viejas rencillas.

Se dice que el roto es como bala para el cuchillo, y se recuerda que los rotos fueron los primeros aventureros en California, cuando la fiebre del oro, y que fueron ellos los únicos que pudieron contener, poner atajo a los desmanes de ciertas patrullas, a punto de cuchillo y corazón.

Es conveniente anotar que el huaso maneja el lazo y el roto el cuchillo. Ya en la guerra de la Independencia, estas preferencias del huaso y del roto eran bien marcadas. En la batalla de Maipo el roto prefería el puñal al fusil. Y el huaso despreciaba el sable para derribar a puro lazo al enemigo.

Hoy como ayer, el roto maneja el cuchillo diestramente, y siente predilección por laborar con él, ya sea cortando tientos para los frenos, lazos; fabricando enjalmas, la parte de la

montura chilena que está hecha de madera; tallando estribos de sauce o quillay, o blandiéndolo con coraje si alguien le para gallo.

Denominaciones

Entre algunas denominaciones que se les dan a los cuchillos, están cantaclaro, que hace hablar claro; Santa Clara, ignoramos aquí el papel de la fundadora de las monjas Clarisas; quisca, por su semejanza con la espina del arbusto llamado quisco; guaraña, alteración de guadaña, cuchilla corva que sirve para segar la hierba; estolfa, puñal; Filomena, de filo; punzante, cuchillo.

Por herir o inferir heridas dicen: Jugar a las que van y vienen, harcerle una pifia, rasgadura como la que se efectúa al paño de la mesa del billar con el taco; achaflanar, hacerle ciertos cortes llamados chaflanes; calar, del término cala, para probar una sandía; chuzazo, entrada recta del cuchillo; corte, puñalada; ojal, conformación del ojal; tajo, de tajadura; dar betún, de embetunar, que en este caso equivale a teñir con sangre.

Si se refiere a la muerte o al asesinato, matar será: volcar, suprimir, apagar la vela, echar al hombro, pasar por la cocina y dar el bajo.

Supersticiones

Si los cuchilleros, los gallos, los hombres de pelo en pecho son sorprendidos en la pelea por la policía y uno huye o se le encuentra malherido y se le solicita el nombre del victimario, no lo dará. ¿Para qué delatarlo? Si él muere, sería absurdo que lo castigaran; y si vive, se las arreglarán entre ellos. ¡Algún día se las pagará!

El herido se niega a dar el nombre de su agresor, observando con esto el código de honor del hampa, que establece no dar el nombre del que agrede, para hacerse justicia por sí mismo.

Los peleadores a cuchillo creen que si el contendor queda tendido de espaldas, cara al sol, no tiene venganza; pero si cae de guata, boca abajo, prefiere entregarse a la justicia, porque siente no haber procedido con todas las de la ley del cuchillero. Si no se entrega, la policía sabe que el hechor debe estar cerca del cadáver; porque ocurre que el victimario, aunque cree distanciarse, no se aleja, y lo que hace es rondar en torno a la víctima y ponerse más y más al alcance de la mano de la justicia.

Otras de las creencias son: que el asesino carga con las culpas de la víctima, la cual, libre de ellas, vuela al cielo, y que un arma que ha herido o muerto a una persona queda amaldicionada, y ya no puede hacerse uso de ella.

Heroísmo y anécdota

En las luchas o peleas a cuchillo en las que corre la sangre campea dentro de lo heroico, lo anecdótico. Son innúmeros los casos en que se puede comprobar esta mezcla de virilidad y curiosidad.

A este respecto, contaba un médico de una posta de Asistencia Pública que, en una ocasión que él se encontraba de guardia, llegó un rotito todo apuñalado y al interrogársele sobre el nombre de su atacante o contrincante, se negó a darlo, y como única respuesta, sólo dijo: Doctor, cuando llegue uno que no tenga dónde darle una puñalada más ése es.

En otra ocasión llegó a la posta asistencial un rotito casi degollado de una puñalada y cuando el doctor iba a comenzar su intervención, el paciente se incorpora en la mesa de curaciones y le dice: Doctorcito lindo, écheme bien la costura, que no se me note nada, así como la que me hizo la otra vez.

El vino, señor del espíritu

(Pág. 19-36)

Se dice que en Chile los caldos de la tierra sirvieron, en los comienzos, para las necesidades del culto religioso. Sin duda fue por eso que don Diego de Oro plantó en Concepción sus viñedos (1550) y don Diego García de Cáceres, en Santiago (1554). Una de las actas del Cabildo lo dice expresamente, al aprobar que se comprara las dichas uvas que hubiere en la ciudad hasta la cantidad que se puede hacer de ella dos botijas de vino para el culto.

Como los padres necesitaran un vino respetable para el culto, se preocuparon de la viña, y el vinillo de los padrecitos cobró prestigio, siendo de mayor valor aquel que tomaba el Padre Superior.

Después, según parece, estallaron las compuertas y el vino corrió por los lomeríos, valles y pueblos.

En el campo, el huaso y la huasa; en el pueblo, el roto y la china, beben el buen vino chileno. Dicen que en Chile no hay mal vino; sino mal intencionados con el vino. El pueblo bebe en la buena salud y en la mala; como asimismo canta y bebe en el velorio: el día de la muerte se torna en regocijo; en el día del nacimiento de un hijo se bebe porque fue hombre o porque fue mujercita, chancleta; en el cumpleaños y en el santo hay vino, petardos y cohetes; en el casamiento se bebe para que la pareja sea feliz; en el bautizo, óleo, el padrino paga todo, para no ser padrino amarrete, cacho: pone hasta el vino; y en la alegría y en la pena, como en el triunfo o en el fracaso y, en general, en cualquier aspecto o cuchufleta, saca trago, vino tinto, tintoco, o blanco, blanquillo.

El vino caliente es santo remedio en la enfermedad, y, por último, se remoja el terno nuevo y se riega la cazuela bien condimentada. No falta nunca la ocasión para saborear los vinos navegados o asoleados; para beber el vino de Concepción o vinillo de Penco, los caldos cauqueninos, el vino de Casablanca, el vino del valle, el pajarete huascaltino, el chacolí doñihuano, de Pelequén y Malloa.

El chileno toma. ¡Cómo toma! Vamos a tomar un trago, tomar una cachaíta (de cacho, vaso córneo), un taco (medida y tope); una caña (vaso cilíndrico, parecido a los que usan en Andalucía para beber vino, especialmente la manzanilla), son frases sencillas y generosas

en él. Después, visto y considerando, vamos tomando, conversando la botella, dándole curso al botellón.

Siempre he pensado que entre ponerle y no ponerle, más vale ponerle. Y, por eso, pasa a ponerle, y cuando le ha puesto se siente contento, puestón.

Le pone desde la mañana. Hacer la mañana es natural. Se enjuaga la boca con medio litro de vino, para tener las cañerías limpias.

Gusta del vino, es vinero y prefiere el tinto, y se enorgullece de ser fiel al vino tinto y dice pertenecer a la sociedad S.T.T. (Sólo Tomamos Tintoco), o a la C.T.T. (Confederación Tomadores de Tinto).

El vino, ya sea raspabuche (vino áspero) o mosteque (forma despectiva de mosto), se pide por dobles, medida de dos litros; en patos o loritos, que es una jarra de a litro; en chicos, botella barriguda forrada en mimbre con capacidad para varios litros; y se sirve en potrillos (potro menor de tres años; vaso grande), vaso de vidrio que tiene estampada la bandera chilena y que puede contener dos y más litros. Este vaso grande, hijo de las ramadas, tabernas y casas de remolienda, se toma con las dos manos y va de boca en boca de los circunstantes, uno en pos de otro.

La chicha, señora de historias

La chicha de maíz, que conocían los indios al nacer el alba de Chile, era llamada con el nombre de taqui.

El poeta Pedro de Oña, el primer poeta de Chile, en su Arauco Domado, tiene un díptico que dice:

No hay azar tan grande ni desdicha
que no la pasen ellos con la chicha.

Y los españoles, sorprendidos con el vicio procedente de los maizales, llegaron hasta a arrancar las plantaciones.

Para algunos la chicha era conocida antes del descubrimiento y conquista de América. Y la describen como una bebida alcohólica muy usada en América, que se preparaba poniendo a fermentar en agua, cebada, maíz tostado, piña y panocha (panoja), y añadiendo especias y azúcar. Su sabor era el de una sidra de inferior calidad.

Los promaucaes y los araucanos —dice don Claudio Gay en su Atlas Historia Física y Política de Chile—, preparaban la chicha más frecuentemente con los frutos de ciertos árboles o arbustos, tales como el huingun, molle, maqui, diferentes especies de mirto y sobre todo con el mirto uñi o murtilla.

Pero, a causa de la introducción de las viñas en Chile, el vino se generalizó, y hasta los mismos indios, que no cultivaban la uva, reemplazaron sus chichas con una verdadera sidra que los bosques de manzanos les proporcionaban en gran abundancia.

Sin embargo, la chicha de uva hizo su entrada, y don Claudio Gay describe, como sigue, el modo de fabricarla:

Esta chicha (la de uva) —dice—, es una bebida muy apreciada en Chile; y las familias ricas, como las pobres, hacen un gran consumo de ella, mientras conserva su dulzura. La de Aconcagua tiene mucha fama, sobre todo la que preparaba el señor Lastra; pero hoy casi toda la gente fabrica igualmente buena.

Se prepara con lagrimilla, eligiendo de preferencia la que se saca de las uvas más dulces. A esta lagrimilla se le da un cocido ligero, que frecuentemente no alcanza a hervir, y después de enfriarla, se echa en barriles, cuya boca se tapa perfectamente. Desde luego se opera la fermentación con gran producción de ácido carbónico, lo que pondría en riesgo el barril, si no se tuviera cuidado de abrirle un pequeño agujero, para dar salida a este gas. Este agujero queda tapado por una clavija, que se quita cada dos horas, mientras dura la fermentación. La chicha así preparada se transvasa en barriles para el consumo. Al cabo de seis a ocho días, se puede ya hacer uso de ella; y muchas personas así la prefieren, por ser entonces espumosa y fogosa, pero desarrolla muchos flatos, y por este motivo se suele tomar sólo uno o dos meses después. Es de poca duración; ya en octubre principia a picarse, y se emplea entonces para la destilación. Se necesita ordinariamente cinco arrobas de este licor para conseguir una de aguardiente. Sin embargo, hay chichas que duran hasta enero, cuando están bien preparadas, y según un buen método.

Cuentan las crónicas que la chicha anduvo trayendo atracado al vino, es decir, lo anduvo derrotando en el favor popular. El prestigio de trago nacional de la chichita, así se llamó en sus primeros tiempos, es muy merecido y de gran antigüedad.

En unas actas del cabildo de Santiago, allá por el 18 de abril de 1760, se encuentra esta observación:

Se experimentan muchas muertes y desgracias con motivo de un licor a quien le dan el nombre de chichita, el cual causa, en el que lo toma, dos perniciosos efectos: el uno, que al que lo encuentra con alguna debilidad, le quita la vida, fermentando en el estómago, lo que no hizo la vasija, por no darle lugar a esto el desaforado apetito de la gente plebe, que es quien lo hizo y quien le ha dado el nombre de chichita; el segundo efecto es aquel que causa en los más robustos, que poniéndose cuasi ebrios o desatentados y calentones, como ellos mismos dicen, arman mil pependencias y disgustos

Y con tal motivo, se establecieron medidas de rigor para deshacer borracheras y se dictaron órdenes de azotar y trasquilar los cabellos de los naturales.

Para poner atajo a los males y a los desmanes de los calentones, el ilustre Ayuntamiento decretó que se publicara un bando con la perentoria orden: Que ningún hacendado permita

en su casa ni fuera de ella, se haga semejante licor, ni venda a precio alguno el mosto que se compone.

El bando este parece que afectaba directamente a un caballero cubano, don Pedro del Villar, potentado del jugo de la parra y gran adorador de Baco y sus pámpanos, que sería, si no el inventor, por lo menos el introductor en Chile de la chicha baya, chicha cocida de uva, llamada así por su color, como el de la yegua. Parece que en España se conocía la chicha con el nombre de sagardúa.

Don Pedro del Villar, famosos en tiempos del corregidor Zañartu, en las vecindades del puente de Cal y Canto, amasó una enorme fortuna, repartiendo la chicha baya de sus viñedos. La masa popular lo coloca en estas estrofas:

En el tiempo venidero
habrá fama popular
para Pedro del Villar,
de Chile primer chichero.

Se cuenta que el corregidor don Luis Zañartu construyó el puente de Cal y Canto con los penados de la cadena y los presos de las borracheras, y que los más grandes equipos de trabajadores, para esta construcción, eran los presos que habían caído por los efectos de la chicha de don Pedro del Villar.

¡Y pensar que cuando nació la chicha baya, la dulce baya, se la pregonó con virtudes medicinales, entre ellas, la de limpiar la sangre y el estómago! De donde, en años posteriores, se hizo popular el dicho:

En tiempos de chicha
pierden los médicos y las boticas.

* * *

Señora de las fondas y ramadas es la chicha de uvas, que tiene, entre sus parientes, la de maqui y manzana. Pero señora de muchas historias es la chicha baya, la que se bebe en cacho pateador; el pihuelo, chicha de uva o chacolí con harina tostada, lo mismo que el cotintín y la chicha con aritmética. En el Sur, en Chiloé, Llanquihue, Valdivia, se prepara la harina tostada con chicha de sidra de manzana y se llama chupilca.

El chichero tiene la chicha de Los Loros (pueblo de la región Norte), la lagrimilla, la pitarrilla, estas dos últimas esencias de uva que en el Sur se portan para la venta en cutras o cueros chicheros, los que son llevados en unas carretas bajas, gritonas, chillonas, carretas chanchas, que parecen grandes barriles a los que les han puesto ruedas.

La chicha buena es esa chisporroteante, esa que salta al ojo y que justifica el estribillo de la tonada, que dice:

Póngale chicha a los vasos,

póngale más,
tengo el corazón partido
y en chicha lo quiero ahogar.

Y el que gusta en demasía de este zumo será mosquito chichero o chichería con patas.

Cuando hay chicha nueva de Curacaví, Bachupureo y de cincuenta partes más, los tragullos se repiten y aparece esta cuarteta:

Me gusta la chicha en cacho
y el aguardiente en botella:
póngale lueguito un trago,
que voy a tomar por ella.

Y sigue la cueca:

Póngale chicha al cacho
y aguardiente a la cantora,
porque el que muere curao
va como cohete a la gloria.

Trago fuerte

Para aguardientes, los del norte, el pisco de Elqui, receta casera que agarró vuelo; los de Colchagua y Cauquenes; el chivato, aguardiente mezclado, de característico olorcillo, y el ponche chivato, viviendo al lado de la mistela, señorita aristocrática, ya que es flor que se baña en aguardiente, y que apareció amenizando las tertulias de la época; el candial, que lleva huevo batido, leche y aguardiente; el gloriao o cordial, que aparece en los velorios con agua caliente; el cola de mono, ponche en leche con infusión de vainilla, café y aguardiente, que hace su aparición la noche de Pascua y de Año Nuevo; el ponche en leche, cabezón, mezcla de cinco agregados y olores en que el aguardiente es la malicia; el guindado, licor que es como el beso de muerte que le da el aguardiente a la guinda; el Lucas, jarabe azucarado de aguardiente y culén.

El aguardiente es en gallo de muchos alias. El más ordinario es conocido por guarisnaqui, leche de tigre, guachucho, que es el último aguardiente que se saca del orujo, y como no nace de modo natural, sino como simple bastardo, se le llama guachucho, derivado de guacho o bastardo. De este nombre se desprende el adjetivo guachuchero, que designa al aficionado al fuerte y es también sinónimo de ebrio o de borracho. Pájaro verde es una bebida de espíritu de vino y cola de pegar, que preparan los reos; el chincolito, mezcla de bebida alcohólica y el Trinqui-forti, frase con que los bebedores suelen pedir aguardiente en las tabernas, chincheles, imitando el lenguaje de los gringos, el carajillo, el pipiritiuque y el carabinero.

El licor fino, ese que toman los futres o las mujeres, no le gusta al pueblo. Cuando más el trago corto, denominación que da al trago fuerte, lo acepta como bajamuella, trago

digestivo, y para el dolor de estómago. Un traguito fuerte no cae mal, al igual que un poco de aguardiente para el flato.

Para el trago fuerte o corto son buenos los nortinos. En el Norte grande, el pisco de Locumba hacía las delicias de los trabajadores mineros y salitreros. Algunos tomaban para la sed, al seco, una botella de pisco de una sentá, sin resollar. En esta gracia no faltaban apuestas, pero muchos, después de bebérsela, cayeron muertos, como fulminados.

En ese Norte, los pisqueros contrabandistas invadían la zona seca, jugándose la vida contra las carabinas de la ley, minuto a minuto, centímetro a centímetro. Los contrabandistas vencían la vigilancia policial y superaban las formas de esconder el líquido, ya en pelotas de fútbol, en sandías o en cámaras de neumáticos. Camino al Norte Grande iba ese buen pisco del norte chico, ese de Elqui.

Todos dicen que el aguardiente es agarrador.

Así también lo dice esta cueca del payaso:

El aguardiente está preso
por borracho y majadero,
por subirse a la cabeza
como si fuera sombrero.

El brindis

Los conquistadores bebían sin moderación en los banquetes. Uno de los cargos que se hicieron a don Pedro de Valdivia fue el haber introducido en Chile la moda de los brindis a la flamenca, acusación que se hizo más intensa contra el gobernador Alonso de Rivera, en 1602, por su afición a los brindis de Flandes, que se realizaban con muy gran descomposturas y fealdad, poniendo las botijas de vino en las mesas sobre los manteles y brindando con mil ceremonias por cuantos hombres y mujeres le vienen a la memoria, y a la postre a los ángeles, porque así se usa en Flandes.

Y los chilenos, mezcla hispana al fin, cuando van a comenzar a comer, es decir, cuando están con el estómago vacío, se toman el primer trago, que llaman trago para lavar la olla. Y ya comiendo, se muestran de resuello largo, de aguante para beber. De estos bebedores se dice que tienen buena descolgada o harto declive. Y comienzan sus pedidos con frases indirectas o directas, como éstas: En otras partes pasan y aquí no pasan ná. Y para indicar que se le siga poniendo trago, dirá: Póngale gente a la loma y perros a la quebrá; Póngale otro tragullo pa remojar el capullo; El trago de la ballena, el que la seca la llena.

La invitación a beber tiene una fraseología pintoresca que forma un vocabulario gracioso del amigo de chupar, chupeta, del que gusta de empinar el codo, de pelarla de un viaje cuando va de farra, de curadera.

Entre estas frases se cuentan: Hasta verte, Cristo mío; Hasta la cachita; Hasta los pepinillos; Hasta el contre; Hasta donde se lo limó el herrero; Salud y con todo; Se la hago; Se la pago;

Hasta el dedo chico; Al seco; Encumbremos esta ñeclita; Pantalón blanco; Con usted, don...; Salud; Salucita; Estiro el brazo, encojo el codo; me tomo este vaso a la salud de todos; Vaquita echada, que es el compromiso de beberse todo el contenido del vaso y dejarlo acostado, tendido en la misma forma que se echa una vaca.

Y este brindis en contrapunto:

- ¡Chóquela!
- Pa su casa voy.
- Esperándolo estoy.
- Lo comprometo.
- Con lo que me dicte no más.
- Con la mitaíta,
- Pa' poca vía más vale ná.

Y se sirven, y una vez vaciados los vasos, los chocan fuertemente, despedazándolos. Todo por la amistad... Para que nadie beba donde han bebido.

Picuchos y borrachos

Se cuenta que un huaso rico, bien puesto, para su santo colocaba en la mesa copas sin pie, sin asiento; por lo tanto, lo que servía tenía que ser al seco, tomarse de un impulso, de un solo envión, de una sentá.

Se dice para vivir gordito, después de cada mascada un traguito. Pero resulta que de tanta copa, comienzan a encoparse, a emparafinarse, a entonarse, a quedar a un paso de la borrachera; se sienten achispados, que es tener chispa de entusiasmo; a carambolearse, que es estar medio cufifo, resentido como el vino cuando se descompone, o como el mar cuando se va a agitar.

Como los pedidos se hacen orden, resulta que se van curando, y de aquí proceden todos los derivados, como curarse, cura, curado, curantearse, curativo, y ese dicho popular muy conocido, que trata de disculpar el vicio: ¡Quien se cura, vive sano! Y como el vino se lleva en cueros, fudres, odres, existe el curado como cuero; y como también se guarda en barriles, pipas, hay el curado como pipa; dice Voy a empinarme, y se empina. Sigue el curado hasta las patas, curado como piojo, curado como la parra y borracho como tenca.

Luego comienzan los gargaristas a sentirse mal, conchitreados, es decir, que se han embriagado con vino marca Concha y Toro. El vino se va a la cabeza, agarra, y cuando hablan tienen un tufo que lo llaman botellazo.

La borrachera, la turca, la mona, la rasca, la tranca soberbia, se deja notar en los tremendos efectos que causa la descomposición estomacal, la canción del buitre.

Pero aun falta la última copa, la despedida, la copa del estribo.

Y si de tanto mosquete se enferman, dirán:

Échale caldito, Juana,
que ya me voy mejorando;
el que se enferma tomando,
con el mismo licor sana.

Si se muere, la cueca se encarga de propalar esta verdad:

Un borracho se murió
y dejó en el testamento
que lo entierren en la viña
para chupar el sarmiento.

Remoliendas

Cuando la buitrear o se les da vuelta la vianda, comienzan de nuevo la remolienda. Remoler, propiamente, es volver a moler, pero en realidad significa seguir la fiesta con amigos, baile, tamboreo y huifa, remolienda con arpa y guitarra. El remoledor y la remolienda aparecen en los días de santo, en los sonados cumpleaños. Y cántase entonces la copla conocida:

Vamos remoliendo, hijitos,
que el infierno se ha vuelto agua,
los diablos se han vuelto pejes
y los condenados, taguas.

Si el entusiasmo o la voz de la cantante decaen, aparecerá la frase: ¡Pásenle un trago pa' que se entone!.

Y aquí viene el refrán: La plata se gana al sol y se remuele a la sombra.

El Norte, la región de las salitreras, ofreció remoliendas célebres: borrachos espléndidos encendían sus habanos con un billete de cien pesos. En Antofagasta, en su gran época, en las calles Coquimbo y 14 de febrero, los pampinos compraban la casa y pagaban rumbosamente la autoridad del grito. En los salones la remolienda corría —por días— a cuenta de un solo pampino; todos los que estaban dentro gozaban a costillas de un solo piloto. Era la época loca en que por el placer absurdo de romper botellas, un pampino destrozaba a balazos, la botillería de un burdel y pagaba, en seguida, riendo a gritos, con lindos billetes de a cien.

Espíritu de la cura y de los curados

Después de echar unos tragos, se ponen inspirados, generosos, francos, bochincheros, rosqueros. Hay vinos que se conocen como vino peleadorcito, que es el trago malo que descompone el ánimo, agria y malhumora.

Los borrachos desatentados, pendencieros, son los llamados de mala cura, fuman como carreteros, dicen groserías, son satisfechos y la excitación alcohólica los lleva a pruebas extrañas, entre ellas, a tarasconear, morder los vasos, hacer saltar con los dientes las tapas metálicas de las botellas cerveceras.

Otros la duermen, duermen la mona, y siguen los que lloran; por lo general, éstos se ponen sentimentales, son muy afectuosos entre ellos, se abrazan, casi se besan, conversan entre sí animadamente. A las mujeres, aunque haya algunas jóvenes y no mal parecidas, no las toman en cuenta ni les dirigen la palabra.

Los generosos para pedir pasman a cuantos miran sanos. Si se trata de cerveza, hará su pedida de diez botellas. El festejado se disputará la oferta, y como el otro se defienda, él antepondrá: La otra corrida es mía, y esta vez serán dieciséis botellas.

Son clásicas las pedidas: Traigan trago como para bañar caballos, y la invitación: ¡Los que tengan sed, que bajen al agua!. Y esta frase graciosa con que se rehusa echar más licor al vaso, cuando ya está rebasando: No le ponga más, que es vicio.

Los buenos para el frasco, se dice que mascan el vino, y hay grupos que se conocen o distinguen con un mote, y entre éstos se podría destacar a una banda de músicos compuesta de bebedores de vino y a la que se conocía por la banda del litro.

En la época del gran auge de la minería, en la región de Atacama, llegaban los mineros a Copiapó en busca de diversión y de trago, repletas las faltriqueras de la buena plata del mil ochocientos y tantos.

Cuando ya el vino les había trastornado la cabeza y ahuyentado todo sentido de la proporción, se iniciaban los pedidos y podía, entonces, escucharse:

- Señora, traiga no más el licor; ¡yo pago todo!
- ¿Pero que no ve que no hace más que un litro, apenas?
- ¿Y qué le importa a usted? Haga lo que le digo.
- Es que se va a derramar, y...
- Señora, traiga no más el licor; ¡yo pago todo!

Ante la firme decisión del parroquiano, cuya borrachera le impedía oír razones, la patrona no tenía más remedio que aportar el decalitro y vaciarlo en el vaso que rebasaba, esparciendo el sobrante por el suelo de la cantina.

El espíritu de este tipo de curado está presente en mil casos del Chile minero, tiempos en que más de uno de ellos vendió su ropa, su terno bueno, el de parada, para bebérselo, y hubo otros que vendieron una mina rica y su producto se lo bebieron y después volvieron a trabajar a ella como simples obreros.

Esta y otras causas trajeron medidas y denominativos como el carro de los curados y el tren de los curados. En algunos pueblos aun se conserva el carro de los curados, coche que tenía

la policía para recoger a los ebrios y conducirlos presos, o transportarlos de la comisaría a los juzgados y de ahí a la cárcel pública.

A este carro habría que sumar el tren de los curados, que es el último tren del día domingo, que acarrea a los rezagados visitantes de los campos y de las playas al Sur de Santiago, que por lo general viene todos en mal estado: curados.

La bola de fuego y el San Lunes

Al otro día de estas fiestocas de la tierra, amanece seco el guare, el guargüero, el gaznate, las tragaderas, y en la guata se tiene un incendio, un calor en el estómago, y hay que apagar la sed, apagar la bola de fuego, matar el pirigüín, y entonces hay que componer la máquina, y comienzan las pedidas de tragos de chufly, agua gaseosa y vino blanco, con presas, rajadas de limón y su poco de aguardiente; de clery, con frutillas y manzanas picadas; de arreglao, generalmente más simple que el clery, y con una sola fruta; de Borgoña, a base de vino tinto, refrescos y frutas, también llamado ponche. Y el ponche y la mujer, pa que sean güenos, bien golpiáos han de ser.

Solo los bueyes toman agua, que tienen el cuero duro, apuntan los bebedores, y como de la cordialidad nace la generosidad, el buen amigo da dos tragos, y la canción les recuerda que esa es la costumbre del roto chileno, empinar el codo y tomárselo todo. Así las cosas, no se dan cuenta cuando están envalentonados y hacen el acuerdo de tomar el vino puro, sin mezcla, y nuevamente están sirviéndose trago morito, sin bautizo.

Mañana será otro día. Mañana es lunes. Es la fiesta del San Lunes, fiesta y costumbre del pueblo chileno. Hoy es lunes, Santa Elena, quien trabaja se condena.

Y el verso popular dice:

Yo trabajo la semana
y el domingo me lo tomo;
el lunes planto la falla,
y el martes le pongo el hombro.

El día lunes amanecen aplatillados, aplastados como un plato sobre otro. Están achancacados, machacados, apanuncados, para nunca; pero también es verdad que algunos no tienen nada que ver con el enojo de Santa Elena y trabajan por su cuenta en la casa o se ganan un pololito, trabajo extra, robándoles el tiempo al taller, al industrial —con el consiguiente descenso de la producción— y, aunque se les descuenta la falta, se sienten compensados con el goce de estar libres y con la ganancia pequeña o grande.

El trago entre los hampones

Hay cosas que la decencia no podrá jamás comprender y una es que sea grave delito, contra la honorabilidad, en el hampa, rechazar un trago. Cuando dos guapos toman, no hay que negarse. Estas son cosas de valientes.

Fuentes invitó a Zapata a servirse un trago de vino y éste lo rechazó, por considerar que había ingerido demasiado.

Fuentes obliga a su compañero a servirse; el otro se niega a hacerlo. Las palabras suben de tono, los ánimos se agrian y entonces no queda otra cosa que luchar, golpearse. La actitud de Zapata es un signo de enemistad y, por la tanto, eso se arregla a golpes, y previa sacada de vestones se inicia la rosca; de repente, Fuentes saca un filoso puñal, que lleva prendido al cinto, y le propina feroces puñaladas.

Cuando dos guapos toman no hay que negarse. Hay que ser hombre para tomar.

La invitación y el brindis en ellos encierran lealtad, pactos, comprensión.

Dos bandidos norteños, Salomón y El Colorado, que se apreciaban en sus cualidades, un día brindaron así:

- ¡Por tu cuchilla, Salomón!
- ¡Por tus riñones, Colorado!

El vino en la "talla" y en el cuento chilenos

En la gracia de la talla, entrada, salida, que posiblemente venga de tallar el naipe, y en la picardía del cuento, anda el vino jugando un muy importante papel.

Como breve muestra, hemos cogido algunos casos que reflejan la astucia del roto y su marcada preferencia por el vino.

Dicen que un minero —roto crudo y aventurero— fue a pagarle una manda a la Virgen de Andacollo. Regresó a su casa con una botella de medio litro. En el camino le salió al encuentro un carabinero, quién lo interrogó:

- ¡A ver! ¿Qué llevai en esa botella?
- ¡Agua bendita..., pus..., mi carabinero!...
- ¡Trae pacá la botella! déjame probarla.

El carabinero tomó un trago y, ¡claro!, descubrió el juego.

—¡Esto es aguardiente! ¿No sabís que hay ley seca? ¡Vamos andando!

El rotito, ni corto ni perezoso, contestó al tiro:

—¿Aguardiente? ¡No puede ser! ¡Es otro milagro de la Virgen!

Si de esta talla pasamos a los cuentos, encontraremos siempre la afición al vino.

Se cuenta que dos rotitos que habían dormido bajo un puente del río Mapocho, al despertar, en la mañana, uno se encontró un peso y partió rápidamente a comprar algo para tomar desayuno y volvió luego con una botella y un pan.

El compañero, al verlo, le preguntó: ¿Qué compraste?; y el otro le respondió: Ochenta centavos de vino y un veinte de pan. Ante esta respuesta, le dijo: ¡Chita que soi exagerado! ¿Pa qué compraste tanto de pan, que vai a poner una panadería?

En el Sur de Chile, donde abundan los días fríos y lluviosos, un oficial de carabineros acostumbraba a preguntarle a un subalterno que le servía de ordenanza, que cómo estaban las mañanas y él le respondía cuando estaba nublado: Mi teniente, el día está como pa' ponerle no más.

Por qué el chileno "toma"

Resolverlo no es problema nuestro, pero veamos lo que dicen algunos, por qué le pone más que nadie.

El Dr. Luis Gajardo, en unas anotaciones sobre las condiciones de alimentación del obrero agrícola, dice que por la exclusividad de substancias energéticas y caloríficas y por la índole de su trabajo a cielo descubierto, recibiendo permanentemente la acción de los rayos solares, se provoca en él un estado latente de sed que le predispone a la tendencia irresistible de la embriaguez y que las estadísticas demuestran su gran porcentaje en esta clase de obreros.

El Dr. Hugo Grove escribió: El alcohol, para el obrero chileno, no es un estimulante, sino un anestésico que le permite un sobreesfuerzo al actuar sobre organismos ya fatigados y semiagotados .

Un escritor del norte afirma que el roto, en la pampa, toma por pena o por alegría, por rabia o por amistad.

Recordemos el decir: Toda laguna debe tener su desagüe: toda pena necesita desahogo.

El cronista Raúl Morales Álvarez, cuenta como, con cuanto y por qué... se curan los chilenos:

...hablemos sólo del pueblo. En las otras clases sociales, el borracho es minoritario, pero en la gran familia de Verdejo , forma absoluta mayoría. Las causas son fáciles de ubicar y están a la vista de todos. Lo terrible es que, viéndolas, no hagamos nada por remediarlas. Son la miseria y la ignorancia donde vive el pueblo, habitante de su gran desesperanza. Engañado, postergado, humillado por todos los gobiernos, sigue preso en el cepo de trágico destino. Enmarcando sus noches en la pieza de los conventillos, con su promiscuidad aplastante —en una sola cama se duerme, se ama, se nace y se muere—, espectador fatalista de una mujer envejecida y una prole famélica, el roto busca en el escenario fugaz de la cantina la cuota de alegría que la vida le niega. Allí hay luces, dinamismo, charla, simpatía de amigos, limpieza. Precisamente, todo lo que le falta y lo que él anhela.

Entonces va en su busca y lo aprisiona en el instante tremendo de la borrachera. Su borrachera. La más dramática y angustiosa del mundo.

...Usted sabe, como yo..., quiénes son los dueños de los conventillos; quiénes son los que se enriquecen con el alcoholismo de Chile; quienes, por último, los que engañaron al pueblo a través de la demagogia electorera, que ya cumplió más de un siglo, porque está allí, verdaderamente, el grande y tumultuoso drama de Chile que atisba la esperanza proletaria, a través de banderas y de puños .

Don Carlos Morel, jefe de Bienestar de la Compañía de Cemento Melón, en una conferencia que titulara La Agonía de Nuestro Pueblo , decía:

El alcoholismo, en Chile, es, sin exageración, como el opio en la china; la maldición del pueblo y la ruina de nuestra raza. Todo ha conspirado para lanzar al pueblo indefenso en este vicio; de él deriva la mayor parte de sus desgracias y a él recurre en busca de olvido en todos sus males. Una infernal máquina de intereses creados conspira en este crimen nacional, desde el opulento dueño de viñas, todo influencia e importancia, y el traficante de caldos y el preparador de vinos y el bodeguero y el cantinero y las autoridades, hasta el mismo pueblo inconsciente. Muchos millones de pesos están comprometidos en esta gran industria del vino, que se hace cada día más próspera a costa de la vitalidad de nuestra raza, que estamos matando criminalmente. Sé de Municipalidades cuyas entradas por patentes de alcohol constituyen un 20 y un 25 por ciento de sus presupuestos, sin contar el comercio clandestino incontrolado.

Contertulios de la muerte

El sentido de la muerte

Los hechos, circunstanciales o episódicos, que se originan alrededor de la muerte, ostentan, en Chile, particularidades que limitan con lo dramático, lo humorístico y lo poético.

En Chiloé, las mareas tienen una íntima relación con la humanidad local.

El flujo y el reflujo están unidos al sentido de la vida y de la muerte. Si una mujer se siente con los síntomas del alumbramiento y la marea crece, las comadres anuncian a la paciente que debe tener resignación, porque el parto no tendrá lugar hasta que no apunte el reflujo; mas, si un moribundo se halla en las ansias de la muerte, los deudos no se amilanan si la marea se encuentra de flujo. No sucede lo mismo si el estertor de la agonía comienza con el reflujo; entonces el ayudar a bien morir y las ceremonias propias de tales extremos no escasean; comienzan los llantos y los preparativos para el entierro.

En algunas partes del Norte de Chile se cree que el alma del que muere no abandona inmediatamente el mundo terrenal. Vaga los primeros días recogiendo sus huellas; va a despedirse de los parientes y amigos ausentes, aunque sea a los más lejanos puntos, y se aparece en sueños o anuncia su fin por medio de golpes o de pasos que induzcan a pensar en su persona.

Supersticiones

Las creencias en torno a la muerte están regidas por la superstición, que es su fe; por el destino que es su dios.

Y entre éstas, se cuenta la de que es de mal agüero cuando ladran los perros cerca de un moribundo.

Cuando el chonchón grazna tué, tué, alguien se muere.

El grito ronco de la voladora anuncia la muerte.

El chuncho, ave nocturna, es también considerada de mal agüero porque ordinariamente presagia la muerte.

La primera medida que se toma con el difunto es cerrarle bien los ojos, a fin de que después no despida luces debajo de la tierra.

Para no tenerle miedo a un muerto, es preciso ayudar a amortajarlo.

A las mujeres se les quiebran los tacones de los zapatos, para que puedan entrar al cielo.

Al muerto se le debe vestir con sus mejores ropas, para que le sueñen airoso y elegante.

Cuando se pela, es decir, cuando se critican las acciones en vida de una persona ya muerta, ésta se da una vuelta en el ataúd.

Las personas buenas y caritativas tendrán derecho a entrar en el cielo vestidas y calzadas.

Los ahijados, esto se asegura, salen a recibir a sus padrinos con una vela, para alumbrarles el camino. Tres ahijados muertos forman un coro, y cuando el padrino muere, lo salen a recibir a las puertas del cielo.

Los que han comido carne de león, no pueden morir, tienen una larga agonía.

El que acaba de estar en un velorio o viene del cementerio, debe huir de los sitios donde se ha sembrado, pues su presencia malograría la cosecha.

Cuando al llenar una sepultura se advierte que falta tierra, es porque en breve fallecerá algún otro deudo. Igual cosa anuncia el que un cadáver quede blando y flexible por más tiempo que el ordinario.

Es muy bueno, estando ya en la fosa el ataúd, echar sobre él tres puñados de tierra.

Y cuando los ríos no devuelven a los ahogados, no hay nada mejor que colocar en una tabla una vela encendida y depositarla en el agua: ella irá corriente arriba o corriente abajo, en busca del ahogado, y donde se detenga, ahí debe hallarse el cadáver.

En algunas partes del sur creen que se fataliza la carreta o los bueyes que han conducido un cadáver.

Las solteras que mueren vírgenes se van a El Polletón, un lugar que Dios les tiene reservados en el cielo.

Cuando un caballo se sacude y su dueño está montado en él, es porque le anuncia una próxima muerte.

Si las gallinas cacarean como gallo, anuncian muerte de alguno de los miembros de la casa.

Morirá irremediabilmente alguno de los dueños de casa si de súbito aparecen muchos ratones.

Si en una reunión de personas a alguien se le ocurre contar y resultan trece, a quién le he tocado ese número morirá antes de cumplirse el año.

La persona que oye cantar una gallina de noche morirá en el transcurso del año.

La persona que muere el día 29 de junio se va a la gloria, porque entonces San Pedro está borracho y deja pasar a todo el mundo.

Una araña negra anuncia luto, si se la ve en la mañana.

La persona a la cual se le muere el primer ahijado será muy feliz.

Si se pone pelo en el ataúd de un muerto, éste viene por la persona antes de un año.

Si alguien siente que le zumba un oído, debe hacerse una cruz sobre la oreja, pues significa que va pasando la muerte, y así impide que vuelva.

No hay que cortarse las uñas el día domingo, porque al que lo hace Dios lo manda a recogerlas cuando muere, y si no las encuentra, será condenado.

Cuando se desconoce a una persona que se está viendo a menudo, es señal de que pronto morirá.

Si se siente correr una piedrecilla sobre el tejado, quiere decir que pronto morirá una persona en la casa.

Soñar con carne cruda es señal de muerte.

El que sueña con incendio puede esperar una mala noticia, casi siempre la muerte de un pariente o amigo.

Sentir la voz de una persona, sin que ésta haya hablado, significa que morirá pronto y se dice que anda penando en vida.

Un tonto no pena cuando se muere.

Cuando muere una persona a la que no se conocía, debe decirse: No la conozco ni la quiero conocer, pues si así no se hace, ésta se aparecerá en la noche.

Cuando entra un pájaro en una casa, es señal de que pronto morirá una de las personas de la casa.

Cuando se para una lechuza en alguna parte de la casa, se muere la persona menor que en ella habita.

Pronto muere la madre del que se peina en la noche.

Es malo sentarse sobre una mesa, porque muere la madre de la persona que lo hace.

Aquel que mira una estrella determinada y dice: Esa es mi estrella, y por casualidad la apunta, morirá instantáneamente.

El finado

Para comprobar el deceso, se coloca un espejo en la boca del presunto extinto. Si no se empaña, se le cierran bien los ojos y luego se le coloca un pañuelo que pasa por debajo de la barbilla y se anuda en la cabeza.

Se mira mucho si el cadáver queda lacio, porque esto quiere decir que la muerte sigue en casa, lista para coger a otro de la familia.

Se viste a continuación al difunto con la mejor ropa, y se dispone su colocación sobre una mesa o sobre un catre de tablas sin colchón.

Se le vela con cuatro cirios.

La gente del campo, cuando se produce un deceso, se aproxima a los dolientes para consolarlos, y también se apresuran a enviar sus pollitos, sus gallinas, sus patos gordos, a fin de que en el velorio tengan los asistentes cómo entretener el diente.

En el velorio se cuentan chascarros, se echan adivinanzas, se sirven gloriao, ponche y huachacay. A medianoche, es infaltable un plato de cazuela de gallina.

Y beben sin reticencias ese ponche, y mientras lo beben, no falta quien dice: Mañana será otro día y no sería malo que se muriera un viejo... ¡pa tomar otro gloriao!...

Si ha muerto asesinado, se le vela y se le entierra cara abajo, para que el victimario sea encontrado.

Las coronas más apreciadas son las de papel y de colores negro, morado y blanco.

En los campos conducen el ataúd hasta el cementerio, a lomo de mula o en carreta, a pulso, en angarillas. Llevado en andas o parihuela es ruando. En esta ocasión para no lastimarse el hombro usan el poncho atotado, doblado y redoblado para lograr blandura.

Cuando el cementerio queda muy distante, el ataúd se asegura bien en unas angarillas; éstas son transportadas por cuatro jinetes, al centro de sus cabalgaduras, sujetando el artefacto por los extremos con la mano derecha.

Si primitivamente se había dispuesto llevarlo en carreta o en angarillas y luego se resuelve otra cosa, el ataúd rueda al suelo.

Se asegura que la caja mortuoria pesa mucho más cuando se acerca a la fosa, y esto se interpreta como una resistencia del difunto a ser sepultado.

Velorio del angelito

Angelitos se denominan a los niños menores de siete años, y si uno de éstos fallece, se le reza el rosario y se entonan cánticos piadosos, cánticos de los ángeles. Se sirve un aguardiente correlativo, o cena a medianoche. En el fondo del cuarto, donde hay un brasero en el que se quema incienso, los dolientes, los amigos, beben. En un solo vaso se sirve el licor de la ceremonia, el gloriao, y el niño se va a la gloria, está glorioso. Todos beben con el saludo ritual. ¡Que sea en buena hora! ¡Que sea en buena hora!

En una mesa de los santos, es decir, en la que se colocan los santos, reposa el angelito, sentado en una pequeña silla de brazos. Otras veces es un andamiaje como un altar y se le adorna con flores y guirnaldas de papel.

Cuando muere un menor de siete años, no se le lamenta, pues el angelito saldrá a recibirlos a la hora de la muerte para guiarlos camino al cielo. Un angelito pena mucho en el cielo cuando su madre lo llora demasiado. Si se llora, se le hace mal al angelito.

Cuando las madres sufren, los angelitos les procuran resignación, conformidad. Y cuando se mueren, las llevan de las manos al trono del Señor.

Los niños que no han pecado se van derecho al cielo.

El primer requisito fúnebre es llamar al carpintero para que tome las medidas del ataúd, en el cual el difunto será colocado sólo poco antes del entierro. Estos ataúdes, muchas veces, son de fabricación casera: tabla cepillada sin barniz; cuando más se le pega papel blanco semejando pintura.

Al pequeño difunto se le viste con túnica blanca, adornada con lazos celestes. Se le colocan alitas de cartón forradas en papel de plata o de oro como la coronita de su frente. Se le sienta en una silleta con las manos juntas, apretando un ramito de flores blancas.

Se cuida de dejarle los ojitos abiertos para que encuentre el camino que conduce al cielo.

Una sola vela arde en el medio de la mesa cubierta de flores blancas.

Es llevado al panteón en unas angarillas o a lomo de acémila.

Forman el cortejo solamente los hombres. Las mujeres quedan acompañando a los deudos y tomando mate con cedrón para la pena.

En otros casos, niñitos y niñitas cargan el cajón y las mujeres forman el cortejo, portando coronas y una cruz de madera para ser colocada en su túmulo.

En ciertas partes del Sur, los padres entregaban los angelitos a los dueños de almacenes y cantinas, que se convertían en verdaderos representantes de pompas fúnebres; ellos facilitaban una habitación para la capilla ardiente, y la vestimenta, que consistía en una capa; suministraban el vino, las comidas, la música, el canto para que todos bailaran. Los padres del angelito tenían ciertos derechos, prerrogativas, como beber sin pagar .

Baldomero Lillo, en *Relatos Populares*, anota en *El Angelito*:

"La costumbre había establecido que cuando moría un niño, se festejase la defunción con música, canto y baile. Si los padres podían sufragar los gastos, celebrábase la fiesta en la propia casa, pero lo más frecuente era que cediese el cadáver a un interesado mediante el pago de una cantidad determinada. En la montaña el que pagaba los mejores precios por los "angelitos" era el Chispa, encargándose también de la sepultación en el cementerio de la aldea más cercana".

Así como los angelitos se arrendaban, eran prestados también, para tener motivo de fiesta. De la casa de los padres pasaba a la del padrino, y hasta a la de algún pariente cercano. Ha habido angelitos que han excedido todos los plazos, y después para depositarlos en los ataúdes se debió descoyuntarles los huesos.

En estas fiestas de angelitos, a causa de las borracheras que los contertulios se propinaban, algunos fueron en tal forma abandonados que, como se descuidará la atención de las velas, produjéronse incendios en los cuales los angelitos, carbonizados, volvían a encontrar una segunda muerte.

Es en el campo donde la muerte de los niños alcanza mayor valor popular, y el dolor está junto a las vihuelas, al tinto, a la dulce chicha baya, al gloriao y a las cuartetos llamadas cánticos de los ángeles.

Y como miserere, aparecen los cantares:

Que pasen las penas luego,
cogollito de azucena,
los niños que ya se han muerto

son cuerdas de una vihuela.

Estos cantos los entonan la abuela, el padre y, por lo general, cantadores:

¡Qué glorioso el angelito,
que se va para los cielos
a rezar por padre y madre
y también por sus abuelos!

¡Qué glorioso el angelito,
que está sentado en ese alto!
No se descuiden con él
y vaya a pegar un salto.

¡Qué glorioso el angelito,
que se va para los cielos!
Atrás va el padre y la madre
a atajarle con los perros.

¡Qué glorioso el angelito,
cara de animal vacuno,
que abajo tiene dos dientes
y arriba no tiene ni uno!

Y los cantos de velorio se repiten toda la noche:

Ya llevan al angelito,
se lo llevan p' al panteón;
pero eso a mí no me importa,
porque arriba ta' mejor.

Hasta pronto, misiá Pancha;
consuélese má' mejor.
Arriba está el angelito
junto con el Niño Dios.

Y, por último, viene la despedida del angelito, mientras la madre repite plañideramente: La vida se acabó para mí. Pero el niño la consuela por medio de los cantores:

¡Ay!, madre, no llores,
no llores por Dios;
yo estoy en el cielo
rogando por vos.

Consuelen, señores,
mi madre querida,
que la ven llorar
por la muerte mía.

Bienhaiga mi madre
que a mí me parió
y la señorita
que a mí me cargó.

Bienhaiga mi padre,
por él soy ufano;
bienhaiga el padrino
que me hizo cristiano.

Toquen las vihuelas,
arpas y violines,
por hallarse junto
con los serafines.

Canten, pues, señores,
canten los cantores,
consuelen mi madre
que está con clamores.

Las ánimas

El culto de las ánimas ocupa un lugar preferente en el pueblo. No hay pueblo de Chile que no tenga la costumbre de encender velas en los sitios donde se ha cometido algún crimen o ha habido accidente, lugares que se respetan como animitas y que se destacan por un gran charco de esperma o restos de coronas de papel.

Animitas de bandidos y gendarmes rivalizan en las mandas, junto a periodistas, ahogados y atropellados.

Los caminos de Chile, los ríos, las vías férreas, ostentan estos recuerdos, que son como una lámpara votiva, puesto que no hay animita que no tengan su cuidadora y sus velas.

Estas pequeñas grutas, negras por el humo de las velas, construidas de un par de tarros, de adobes, de pirca de piedras, y muchas veces sólo representadas por una cruz, son custodiadas por el fervor popular.

A algunas animitas se les conoce por su nombre. En el canal de Tenglo se habla de la Animita de Olegario: Olegario Pacheco, que pereció ahogado.

En Puerto Montt existe la calle del *Ánima*, y se trata de un tal Fortuoso, (Fortuoso Soto) que fue asaltado para robarle ochenta centavos; en Valdivia, el *Ánima* de Rodríguez (Serafín Rodríguez), es muy conocida. El río que ha hecho tantas víctimas, según el decir, cobra todos los inviernos su tributo humano; en sus orillas ostenta algunas cruces que recuerdan a diversas personas ahogadas, entre las cuales están la Bertita y Luciano.

Existe respeto hacia las animitas o seudos santos de los caminos, y se exterioriza persignándose cuando se pasa frente a ellas, descubriéndose, rezándoles un padrenuestro, colocándoles ofrendas florales y coronas de papel y dinero; si a alguien se le encarga colocarles velas, esto debe cumplirse al pie de la letra, porque si no, la animita le saldrá a penar.

Las almas penan porque quieren comunicarse con nosotros o porque necesitan rezos. Otras almas penan para prevenirnos de una desgracia.

La superstición popular en torno de las animitas tienen tejida numerosas y sobrecogedoras leyendas.

Una de ellas se relaciona con un leñador que fue asaltado una noche por seis bandoleros. El leñador era fuerte y corpulento, bajó de su caballo y con su puñal empezó a defenderse. Pelearon hasta que llegó el alba, y murieron todos desangrados, después de una batalla muda y sorda.

Cuentan los habitantes de esos alrededores, que el alma del leñador vaga todas las noches por el sitio de la lucha, detiene a los viajeros y les pide fuego para encender siete velas. El mismo espectro las enciende y las coloca en los mismos sitios en donde cayeron los cuerpos de los seis asaltantes y donde cayó su propio cuerpo.

Se cree que las almas de los condenados al patíbulo injustamente, son milagrosas. Los vientos más iracundos no pueden apagar las velas que se encienden sobre la tumba de un ajusticiado víctima del error o la calumnia.

El lunes es el día de las ánimas y se cuida de que las animitas tengan prendidas sus velas durante toda la noche.

Se dice que el que mira a un ánima por la espalda, cae al suelo arrojando sangre por boca y nariz.

Dícese que las ánimas despiden llamas por la espalda.

A medianoche, se ven en la obscuridad ánimas y fantasmas. No debe mirarse un fantasma. No debe mirarse un fantasma mucho rato, porque éste empieza a alargarse más y más, hasta que cae y aplasta a la persona que lo mira, causándole la muerte.

No se debe silbar en la noche, porque esto significa llamar a las ánimas.

La malicia y la muerte

El pueblo chileno tiene expresiones maliciosas para señalar la antemuerte y la muerte. El grafismo de estas expresiones es irreverente e ingenioso.

Refiriéndose al estado de coma, dirá: Está pa sécula; Está pa'l gato; Están aullando los perros; Está jugando con la pelá; Es chanco en la batea; Huele a muerto; Está más pa la otra que pa ésta.

Y para significar la muerte misma, ¿cuántas no hay? Por ejemplo, dice: Se fue de un viaje; Le llegó al contre; Le llegó al perno; Le llegó al mate; Le llegó al pihuelo; Se le olvidó respirar; Se le cortó el hilo; Se puso mameluco de madera; Salió con los pies pa'elante; Se fue en bote de cuatro velas; Se le cortó el resuello; Se hundió; Se lo llevó la pelá; Se fondeó; Se fue pa'l otro mundo; Entregó los vales; Estiró la pata; Entregó la herramienta; No tomará más carro; No entrará más a Gath y Chaves; Pagó todas las deudas; Paró las patas; Quedó con los ojos en blanco; Torció la esquina; Soltó la maleta.

Después viene la serie de los rotundos: Al fin se fue este condenao; Se tiró el peo de la muerte; Cagó fuego; El Diablo se lo llevó de las patas.

Y los que significan resignación cristiana: Entregó el alma a Dios; Dios lo tenga en su santa gloria; Pasó a mejor vida; Se fue p'al cielo; Se lo llevó la parca, y Ya dejó de sufrir.

Se sirve de la muerte para expresar sus burlas e ironías y establecer comparaciones extraordinarias por el fúnebre humorismo que encierran. Una viuda de riguroso luto, cargada de velos será caballo de Pompas Fúnebres. Una persona flaca es la muerte en cueros o charqui de ánima. Una cara desagradable será cara de cadáver, cara de calavera, cara de velorio; cara de entierro. Un buen caldo, un mejor guiso, sirve para resucitar muertos (con ello quiere decir que hasta un difunto es capaz de cerrarse a brincos). Finalmente, el fabricante de ataúdes, el que toma las últimas medidas, será conocido como sastre de los muertos.

Y frente a lo imposible, no desconfía y dice: Se han visto muertos cargando adobes.

Hacerse cargo de una situación o asunto que le correspondía a otro será cargar con el muerto.

Su humor continúa en los denominativos que les da a los cementerios. Estos nombres nacen en su mayoría con ribetes traviosos; decimos así porque no toma en serio el sitio, salvo raras ocasiones. En Concepción, dicen: Se fue para Chepe, por encontrarse el cementerio en el sitio de esa denominación; pero también exclaman: Pasó a la fiambra. El cementerio es, además: Patio de los hinchados; Patio de los callados; Paradero de los difuntos; Se fue al fundo de las cruces; Se fue para el otro barrio; Se fue a la olla grande; Se fue para la heladera; Se fue a la población de los sosegados; Se fue para los palos blancos; Lo tiraron a los mármoles, y Lo echaron a la zanja.

A continuación, se insertan los refranes y dichos que abundan sobre este particular: Nadie se muere cuando quiere; si tal aconteciese, sería una breva. No hay muerto malo (como generalmente de los muertos sólo se anuncian las buenas cualidades, úsase este refrán a manera de despique irónico). El muerto al hoyo y el vivo al bollo, es una expresión que quiere significar que, no obstante el pesar causado por la muerte de algún deudo querido, es menester proseguir en las tareas de la vida; El llanto sobre el difunto, equivale a formular una petición en el momento preciso; y A muertos ya idos, no hay parientes ni amigos.

Al que muere lo entierran

Es sabido que el pueblo chileno tiene un conformismo, una entereza frente a la muerte, que asombra. Sabe y tiene a flor de labios que tenemos la vida emprestá y no comprá. Dice: Para pasar las penas del tacho (o sea, sufrir mucho) no vale la pena vivir.

Su desprecio es obvio cuando se resigna ante el desaparecimiento de alguien diciendo; La delantera no más nos lleva, o cuando canta: Al que muere lo entierran, —con tierra queda tapado, —olvida lo que ha querido— y lo que ha pedido fiado.

No se muere por nadie. Así lo repite:

Yo no muero por nadie,
nadie se muere por mí,
solo me parió mi madre
y solo me hey de morir.

Frente a la noticia de un fallecimiento, exclama: Qué más quería vivir; Ya cumplió; Para poca vida más vale nada; Mejor nada que poco; Estaría de Dios; Para morir nacimos; Hasta aquí no más llegó.

Si son amigos o conocidos, lo acompañará hasta el final, ayudará a cargarlo, y llegará al recinto de la amargura formando el cortejo curado, tambaleándose, y como para afirmarse se tomará del brazo del amigo, del compañero.

En la capital, en el Cementerio General, la gente del pueblo, siguiendo la costumbre de algunas asociaciones, se toma fotografías junto al ataúd, y es de ver los grupos que se forman; en estas ocasiones no faltan las recomendaciones a manera de chistes, como éste: ¡Cuidado con poner cara de muerto!.

Los que formaron el cortejo, a la salida encontrarán, a la puerta del cementerio, pequeñas ventas cuyas mercaderías cambian con las estaciones. En el invierno son las sopaipillas, los picarones, viandas criollas, té, café, sandwiches, y en el verano, la cerveza helaíta, la bilz, los huesillos con mote. Y los domingos de todo el año, las ricas empanadas de horno.

Durante muchos años, los duelos del pueblo se han estado despidiendo en Santiago de Chile, en los quitapenas, donde las comidas y el vino traen alegrías. Las penas con pan son buenas o son menos, así como para otros, la fortuna, los medios son un lenitivo al dolor.

En Norte Grande, la novela del salitre, de Andrés Sabella, en el capítulo Donde Mr. Bark habla de los pampinos que no temen a la muerte, encontramos este impresionante párrafo:

En una ocasión —narró Mr. Bark— había un obrero muy mal querido en la Oficina. Le llamaban El Borrado. Trabajando en las chancadoras, cayó un día dentro de ellas y, naturalmente, no quedó del pobre hombre nada, nada... Estas maquinarias muelen el caliche, y en el largo proceso de este trabajo hierven los caldos a temperaturas fantásticas, 300, 350 grados. Cuando supe el accidente, ordené parar las máquinas y me di a recorrerlas aun cuando sabía lo imposible de hallarse: era esta pausa un homenaje a la especie... Los obreros me seguían sin darle importancia al asunto. Alguien me aconsejó no buscar más. Yo conocía que a lo largo de tanta pieza había un hombre muerto. ¿Dónde estaba? No era fácil decirlo. Las chancadoras seguramente lo habían reducido a una simple aleación, fundiendo la carne humana con el caliche... ¡Ni las suelas de los zapatos pudimos encontrar, por supuesto!... Decepcionado, me venía de vuelta, cuando un compañero del Borrado me zambulló en una feroz realidad, con este comentario:

—¿Se da cuenta, míster Bark? ¡El viajecito a Estados Unidos que se va a pegar el gallo!...

Un pueblo que glosa así su destino es que desprecia a la muerte, o le sobra vida.

El territorio chileno, montaña, océano, pampa y mina, exige diligencia y privaciones, y si a ello se le suma que el chileno nació junto a la lucha, a la muerte —conquistador y combatiente—, se comprenderán el afán de partida y este conformarse con el destino que lo hacen resignarse a la muerte.

El pueblo, burlón, imprevisor, cambiador de oficios, viajero, desprendido, no puede morir por nadie.

Innegablemente, sufre: pero ahí están los quitapenas y el trabajo fuerte, rudo, acerándole el temple en constante progresión.

[Facilitado por la Universidad de Chile](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo